

Solemnidad del Corpus Christi (22-06-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos aquí para renovar nuestra esperanza. Jesús, en el camino con sus discípulos, quiere anticipar aquello que sucede en la Eucaristía que, de muy poquito, todos podemos comer. Y eso que no es magia, sino que es solidaridad verdadera, estamos llamados nosotros a perpetuarlo en el mundo para ayudar a todas las personas a comprender que podemos vivir como Dios lo ha planeado, a realizar por anticipado aquello que será nuestra vida futura: vivir con Dios en su Reino.

En el evangelio (Lc. 9, 11-17), se nos dice que Jesús hablaba a la gente del Reino. Esto es muy importante porque Dios se comunica por medio de Jesús con nosotros y nos habla. Qué importante es la Palabra que viene de Dios, porque prefiere siempre introducirse para hablarnos al corazón y a tomar decisiones distintas en la vida, distintas a las que solemos realizar, a veces, en forma impulsiva y distante.

La predicación del Reino de Dios nos permite adquirir esa sabiduría que solamente se tiene por don de Dios, porque

no se conquista la sabiduría, se acoge, es un don, un don de amor. Y, por esa razón, Jesús siempre le hablaba a la gente, pero no solamente le habla, sino que su Palabra da fruto porque, a todos los que tienen necesidad de curarse, los sanaba. Es una Palabra eficaz, pero no por la productividad, sino por la actitud generativa de hacer germinar en nosotros la esperanza a través de signos de cercanía.

Por esa razón, cuando declina el día, cuenta el Evangelio que Jesús persiste en anunciar ese Reino, a pesar de que los discípulos piensan que, si cae el día, es necesario ya irse a su casa. Y, sobre todo, porque ven que la gente está hambrienta y piensan que cada uno debe vérselas como puede. ¿Qué hace Jesús? Otra vez vuelve a predicar el Reino: “*Denles ustedes de comer*”. Esa es una manera práctica de vivir el Reino de Dios: esforzándonos todos por dar de comer a los demás.

Hoy día muchos de ustedes han venido con víveres no perecibles para nuestros hermanos más pobres de la ciudad en esta colecta que estamos haciendo en Cáritas. ¿Qué mejor lugar para hacer una colecta para los pobres de nuestra ciudad y de nuestro país, que hacerlo en el Corpus Christi? No solo compartimos el pan espiritual del Señor que se hace presente en la Eucaristía, sino que,

también, lo está en todos los recursos que podamos compartir.

Y, entonces, los discípulos le ponen dos objeciones (y que a todos nos puede resultar normal). La primera es “no hay”. Inclusive, cuando encuentran un chico con cinco panes y dos peces, cuestionan que esto pueda saciar a tantos. Hermanos y hermanas, nosotros tenemos una tendencia siempre a calcular las cosas. Está bien que, a veces, calculemos, pero hay cosas que no se resuelven con el cálculo. Este es uno de los problemas más serios que tenemos al pensar que, con ese cálculo, cuando nos falta, no hay nada más que hacer y nos desmoralizamos.

El Señor va a intervenir en esto cuando les dice: “*Denles de comer*”, porque sabe que es posible una vía distinta a un cálculo. Es necesaria simplemente la solidaridad generosa por la que hemos pasado nosotros en las adversidades, cuando nuestro pueblo necesitaba compartir el pan, como sucedió en la pandemia y en otras tragedias nacionales. Hoy día, eso también sigue siendo urgente.

El otro criterio que los discípulos manifiestan, además de la escasez, es el criterio del comprar. Y ese es otro problema que tenemos. La sociedad actual nos ha educado en lo mismo, y ya existía en la época de Jesús, hace mas de 20

siglos, pensar que comprando se resuelven las cosas. Es el cálculo económico.

Esto es una cosa muy seria porque comprar implica, ante todo, tener plata para comprar, pero la mayor parte no tiene. De tal manera que Jesús está ayudando a sus discípulos a salir de dos entrampamientos: el pesimismo ante la escasez y la lógica del dinero que destruye a las personas y las mata.

Por eso, Jesús, en otra parte de los evangelios, nos dice: "No pueden servir a Dios y al dinero". Y tenemos que decirlo en voz alta: en la Iglesia, muchas veces, nosotros buscamos más el dinero que el compartir. Y eso juntos tenemos que ayudarnos todos a superarlo, porque el criterio del mundo que no está dispuesto a la solidaridad se basa justamente en el dinero. ¿Y el dinero a qué lleva? A la guerra y a las armas.

Al no compartir, por lo tanto, se genera una situación horrible de desesperación y destrucción porque se ambiciona y no se tiene en cuenta las necesidades de los demás. Por eso, hoy día, Jesús educa a sus discípulos a salir del pesimismo, de la concepción de que no se puede hacer nada cuando hay escasez y de la concepción de que todo se resuelve comprando.

Había unos cinco mil hombres, y los discípulos reciben esta orden: “que la gente se siente en grupos de cincuenta”. Jesús, que quiere anunciarnos el Reino, hace que sus discípulos, en primer lugar, se reúnan, y también los orienta a que reúnan a la gente. Estos días, nuestra Iglesia de Lima se está reuniendo para conversar sobre cómo la mejoramos. Las Asambleas Sinodales Parroquiales se están multiplicando en todas partes y nos vamos hacia enero de 2026 donde celebraremos la Segunda Asamblea Sinodal Arquidiocesana de Lima para ver y evaluar todo lo que hemos hecho y cómo podemos seguir haciéndolo un poquito mejor. Y para eso, todos tenemos que estar unidos, reunidos en pequeños grupos y, simultáneamente, ampliando el radio de reflexión y de influencia de nuestra Iglesia en favor de todo el que la necesita.

¿Qué modificaciones queremos hacer para mejorar nuestra Iglesia al servicio de todos y con el concurso y la participación de todos? Como ha dicho siempre el Papa Francisco: “todos, todos, todos … somos indispensables, aquí no sobra nadie”. Y, por esa razón, esas asambleas sinodales parroquiales permiten la entrada y el concurso de todos, inclusive, de los vecinos que nunca vienen a la misa, pero tienen algo que decir sobre la Iglesia.

Hermanos y hermanas, también hoy nos educa el Señor, como educa a sus discípulos, para reunir a la gente. Y,

luego de eso, hace prácticamente, por anticipado, el signo de la Eucaristía. Alza la mirada, tomando los peces y los panes, pronuncia la bendición, lo parte y lo va dando a sus discípulos para que ellos, a su vez, aprendiendo a compartir, lo hagan con la gente.

Conclusión: todos se saciaron y recogieron lo que había sobrado, doce canastas de trozos de pan. Hermanos y hermanas, cuando se comparte, incluso, sobra, porque el Señor que quiere que bebamos del amor de Dios que viene del cielo y que fue traído por Jesús a la tierra y que lo insertó en la tierra, todos podemos hacer del Perú y del mundo ya “una partecita del cielo”, como quería Santa Rosa de Lima. Es decir, que el Reino se viva ya aquí con nuestro compartir y nuestro servicio.

Todos podemos recordar cómo eso ha sido posible en diversos momentos de nuestra historia y de nuestra vida, porque se necesita un solo corazón y una sola alma para eso, el alma y el corazón de Jesús. Por eso, hoy día, vamos a dar gracias al Señor por este día; vamos a comprometernos hondamente en el compartir verdadero a partir de lo que tenemos, de lo sencillo y, sobre todo, vamos a aprender a alimentarnos del Pan vivo, bajado del cielo, del Cuerpo y la Sangre de Jesús, que sacrificó Él mismo su vida para que haya vida para todos.

Demos gracias a Dios por este día y seamos signos también de paz en este mundo tan difícil. Y recemos mucho por el Papa León XIV que, siguiendo el camino de Francisco, nos va a ayudar a santificarnos a todos por su testimonio vivo que, como todos han visto en el nuevo documental, ha salido siempre a vivir con nosotros hasta el fondo. Lo han visto en Chiclayo, lo han visto en Chulucanas, lo han visto en Trujillo, t en Lima, lo han visto en El Callao todo el tiempo, compartiendo e imaginando cómo compartir mejor.

Los cristianos no repartimos balas, no repartimos bombas, no repartimos por el mundo males. Los cristianos estamos para compartir el amor y la paz. Muchas bendiciones y gracias a todos por haber venido, incluso, con este clima que nos asedia, pero no nos derrota.

Amén.